

**EL ÁRBOL QUE TENÍA CONCIENCIA**

**PIRU**

Tlin, tlin, tlin,... Se escucha el primer tranvía de esta madrugada. Apenas se insinúan los incipientes rayos del sol, respiro una bocanada de aire fresco y comienzo a desperezarme. Da inicio una nueva jornada. ¡A trabajar!

Así que estiro todos y cada uno de mis brazos hacia un cielo que se ilumina despacio, como queriendo abrazar el azul intenso, y siento cómo, paulatinamente, todas mis hojas se expanden para sentir la caricia cálida de la mañana; me balanceo respirando el aire joven de este nuevo amanecer. Hundo mis raíces en el suelo, penetro en la tierra para succionar el agua fría, profunda y negra que se resguarda en las profundidades. ¡Estoy vivo, alegre, contento, radiante, presente!

Me siento muy orgulloso. Sí, soy el mas viejo, más alto y más fuerte de esta avenida; solo la imponente, soberbia y regia catedral, con sus desafiantes pináculos, es capaz de eclipsarme. Pero no me ofende, es un privilegio compartir espacio y tiempo con tan anciana y sabia señora de espléndida presencia e imprescindible existencia, que hunde sus raíces en tiempos de los reyes abderamanes.

Y es que ambos somos vecinos, coetáneos y supervivientes, diríase que viejos amigos. Desde el cenit de mi copa, puedo ver el bullicio: viandantes que van y vienen, que pasean, que corren en busca de su destino, que silban desde sus bicicletas, que observan desde las ventanillas de este tranvía que pasa una y otra vez con su canción de campanillas o que dormitan abotargados en sus asientos; canciones interiores de gentes que pasan por la vida, que sienten, que aman, que odian, que ríen, que lloran, que viven, o que, simplemente, esperan que el

destino les marque su suerte.

Y es que hubo un tiempo en que por este río de vida solo transitaban máquinas infernales, con sus ruidos insoportables y humos pestilentes, que me asfixiaban el verde, teñían de negro a mi magnífica vecina y anulaban a las gentes; que necesitaban espacios, suelos, carriles cada vez más anchos, condenando a mis hermanos a desaparecer para siempre; dejando los cauces cubiertos de asfalto, de luces metálicas, de rutinas sin fin y de aires contaminados.

Mas, por fortuna, en su afán de preservar la vida, la madre naturaleza otorgó a muchas personas sentido común e imperó la cordura. Y así, hoy veo nacer un nuevo día. Puedo escuchar, desde mi interior, el incesante piar de los polluelos en sus nidos, bailar con mis ramas al son de la música de las campanas que repiquetean en el torreón de mi anciana compañera, y veo cómo los paseantes de ahora, como los de antaño, se acurrucan bajo la amable sombra de mis abrazos. Hoy, como hace cien, doscientos, o mil años, puedo convivir con la ciudad y los habitantes con los que he compartido mi existencia para adornar el sueño de unas personas que querían vivir, no como chatarra, sino como verdaderos seres humanos.

Y es que *morir no tiene mérito, lo importante es construir vida sobre la tierra.*